

Ana Paula Pintado, *Los hijos de Riosi y Riablo. Fiestas grandes y resistencia cultural en una comunidad tarahumara de la barranca*, México, INAH (Estudios monográficos, Etnografía de los Pueblos Indígenas de México), 2012

Sergio Raúl Arroyo

Haré una semblanza crítica de este libro, cuyo punto de partida es la tesis doctoral de Ana Paula Pintado Cortina, a fin de proponer a ese segmento de la realidad que la autora aborda una reflexión sistemática sobre el vasto tema de la etnicidad, en medio de un pragmatismo alarmante que emplea recetas ideológicas como llave maestra para abrir y cerrar todas las puertas. El texto tiene una clara tendencia enciclopédica, que de seguro no terminará con las conclusiones de un solo volumen, por lo que señalaré algunos de los aspectos que me han parecido relevantes y dignos de ser advertidos para cualquier lector atento de los temas que envuelven los vastos problemas étnicos de México.

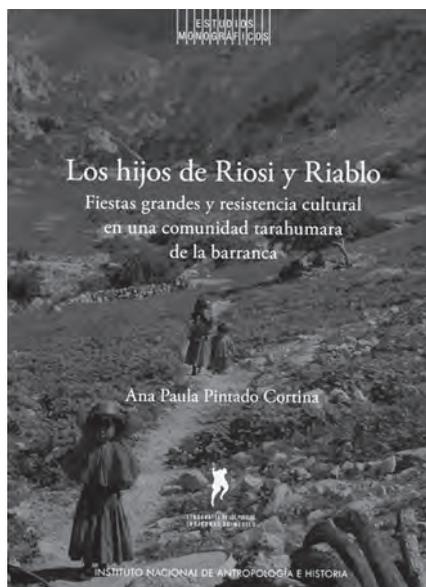
Primero, percibo como obligación hacer cuatro preguntas:

¿Qué han sido los indios para una gran parte del pensamiento antropológico, fincado en las ficciones de la política gubernamental o incluso en la no gubernamental? ¿Su lugar en la historia acaso no está dado por numerosas fabulaciones que se han entrecruzado con las ilusiones de una ideología que ha combinado el paternalismo, el pintoresquismo y el folclore? ¿Eso que denominamos la indianidad no es en buena medida una construcción imaginaria que con frecuencia ha dejado de tocar tierra para acceder a los territorios de una irrealidad donde todo ha perdido su valiosa complejidad? ¿No es verdad que la cultura rarámuri, rálámuli o tarahumara no ha sido atravesada por esas mismas fabulaciones provenientes del mundo ideológico?

*Los hijos de Riosi y Riablo* ofrece diversos elementos que dibujan posibles

respuestas, al remitirnos a los territorios de lo específico (las fiestas grandes, las fiestas de patio), algo que permite un encuentro con una porción de la realidad, encubierta precisamente por las prácticas del automatismo indigenista.

1. Una buena estrategia para aproximarse a los rálámuli y su cultura es identificar los mecanismos con que han introducido su sistema simbólico en la liturgia y los rituales de la religión católica, para dejarnos ver un asunto central en la reconfiguración cultural: lo importante no sólo es lo que el catolicis-



mo hizo con las prácticas culturales de las comunidades indias, sino lo que los indios han hecho con la religión católica para apropiársela, al volverla concerniente y darle una función tanto en su universo práctico como en el plano simbólico.

2. Las "fiestas de patio" (*Walú Omáwala*) son un lugar de síntesis que permite redibujar en forma incesante los trazos de los vínculos colectivos. Constituyen el ámbito físico y metafórico que reordena la vida de las comunidades. Son la muestra palpable de la dinámica de un mundo social que de manera constante se ha asociado con lo estático y lo inamovible.

3. Las fiestas de patio, en particular las comunales de Potrero, en la subregión de Barrancas, Chihuahua, no representan un fin en sí mismas: son expresiones de una voluntad, de una perspectiva religiosa autónoma que invariablemente se proyecta en las atmósferas de la vida cotidiana. Es sólo en este contexto cultural que encuentran su sentido.

4. En las fiestas se reorganiza la sociedad (se puede afirmar, sin exagerar, que tras haber participado en una fiesta, el sujeto individual y la colectividad ya no son los mismos; la experiencia festiva es un fenómeno liminal que atraviesa la subsistencia y lo meramente cotidiano). Justo en el cruce religioso se ubica al sujeto en los márgenes de lo banal. Las fiestas son consustanciales a las instituciones y a los organismos que dan forma a la sociedad; en ellas están presentes el parentesco, las funciones ordenadoras y la economía, por tocar los elementos más visibles. La fiesta y la vida doméstica se presentan ligadas y se reconocen como dos fases de una misma realidad.

5. Uno de los aspectos teóricos más encomiables del libro tiene que ver con la visión de las fiestas como algo singular en términos formales, algo irreductible en cuanto a su organización y desarrollo, pero inherente en su dimensión estructural a otras culturas del mundo. Las fiestas se sostienen por segmentos simbólicos y funcionales que no difieren de los de otras sociedades. La igualdad, ese viejo paradigma ilustrado, encuentra en torno a las operaciones lógicas del pensamiento correspondiente a la fiesta un emblema y un soporte significativos. Se dice que en la *Walú Omáwala*, más allá de las diferencias respecto a otras culturas, prevalece la idea de comprender el mundo (en su peculiar integración de naturaleza y sociedad).

6. El libro nos permite encontrar el extenso diálogo vivo entre rituales y mitos, así como entre fiestas y sistemas de cargos. Las fiestas son un núcleo generador de conocimiento. Las emociones que allí se

despliegan tienen una función social entrelazada con lo que se conoce del universo, con sus connotaciones terapéuticas y con la fuerza que germina en su interior, y esto permite transformar la incertidumbre en un terreno favorable para la vida.

7. En el libro se identifica a la fiesta como un ideal absoluto en el que, como sucede en la esencia del psicodrama, hay una experiencia catártica que revela el sentido o los paradigmas claves de la existencia.

8. Otro punto central radica en lo que nos deja observar del horizonte histórico de las fiestas de patio. El largo rechazo hacia ellas por parte de los jesuitas en su aventura septentrional y su relativamente reciente asimilación, trasluce también una forma de entender la realidad. El inicio de la empresa evangelizadora en la Nueva Vizcaya es al mismo tiempo el comienzo de lo que Ana Paula Pintado define como penetración y resistencia, conceptos que más allá de *Los hijos de Riosi* y *Riablo* se deben matizar como fenómenos definitorios de uno de los procesos de retroalimentación cultural que marcaron el destino de las comunidades indias.

9. Los altibajos de la presencia jesuita, se nos comenta con cierta ironía, no marcaron la ausencia de Dios en las barrancas ni en los valles, que más tarde enfrentaría con la misma elocuencia a la República de las Vicisitudes, una nación que proclama su unidad y se integra al margen de toda diversidad. El siglo xx surge con los experimentos de Enrique Creel y con el fusilamiento por parte de las tropas villistas de 17 misioneros estadounidenses. En la década de 1930 se fundará la Escuela Normal para Maestros Indígenas en Guachochi. El regreso de los jesuitas a la región irá aparejado con una paulatina (y menos sencilla de lo que parece en el texto) aceptación de las fiestas. Se trata de un tiempo inmerso en las contradicciones de un sistema político cargado con todas las promesas incumplidas de la modernidad mexicana.

10. también el siglo xx trajo consigo el indigenismo y la destrucción de la riqueza forestal, consumada en la década de 1990. En los años recientes la presencia del narcotráfico se ha ido convirtiendo en un factor decisivo para entender los nexos y tendencias sociales de la región.

11. No quiero pasar por alto la cuidadosa descripción territorial que nos permite reconocer el espacio físico como elemento activo en las fiestas, pero también en relación con el parentesco y la organización conjunta de las comunidades: 50 mil kilómetros cuadrados de valles, cumbres y barrancas. Su conformación no es ajena a los ciclos rituales; por el contrario, afirma un calendario donde nada es gratuito ni absurdo. Cualquier entorno se convierte en un espacio ritual, siempre y cuando pase por un proceso comprensivo ligado a la historia de la vida comunitaria. Potrero, el eje del texto, es una comunidad que, según la visión de la autora, se mantiene en incesante transformación.

12. El acercamiento de la autora mantiene una proximidad afectiva hacia la comunidad, mas en ningún momento deja de guardar la distancia necesaria para advertir los peligros del acercamiento sentimental, sino que, a modo de ejemplo, transita por el interés de la lengua, fundamentalmente, para que nos acerquemos a lo intransferible, lo cual sólo los códigos lingüísticos propios son capaces de designar. Lejos del sentimentalismo culposo o una artificiosa solidaridad resuelta con ecuaciones académicas y políticas, nos trae la novedad del mundo vivo.

En síntesis, observo aquí algunas de las vertientes de la obra:

- *Los hijos de Riosi* y *Riablo*, en su dicotomía y en su liga con un sistema binario, muestran la interminable y compleja movilidad de una comunidad ralamuli frente a la agotadora imagen de una historia estática que nos ha ofrecido buena parte de la literatura étnica, no pocas veces ahogada en el mero folclore o en el melodrama étnico.

- Nos remite a las fiestas como elementos significantes de la adaptación a modo de una de las posibilidades de hacer inteligible la realidad; como un punto de convergencia de las demandas y búsquedas inherentes al mundo social y natural.

- Es en el ámbito de la movilidad donde se describe a la cultura como trashumante, pero desligada de las confusas ideas de nomadismo que tanto influyen negativamente en la comprensión de gran parte de las comunidades indias del norte de México. La movilidad y el tránsito responden a patrones cíclicos que combinan la visión religiosa, la ritualidad sujeta a la periodicidad y la subsistencia. Las fiestas consuman la anhelada reunión de esos factores.

- Observo el uso de fuentes también como un punto de convergencia de los más importantes trabajos que se han realizado en la región tarahumara. Hay un aspecto interdisciplinario que no se debe soslayar.

Por último, he tratado de hacer más algunas lecciones que trae consigo este libro:

Con nada se puede sustituir la investigación exhaustiva, las relaciones sensibles del trabajo de campo, que no son reemplazadas por internet, donde todo gira en torno al rigor metodológico, la observación participante tangible y las entrevistas abiertas. Al margen de crisis, abusos y mitificaciones, estos recursos siguen dando los mejores testimonios del alcance de las mayores búsquedas antropológicas hoy día.

Deseo ver en este libro una apuesta a favor de la lucha contra cierto automatismo que permea el mundo indigenista, contra la retórica del buen salvaje encarnada en forma mágica en la figura de los rarámuri, contra la falsa buena conciencia, que es una de las formas encubiertas del discurso sentimental y el sometimiento, contra los clichés envejecidos que nos vende un radicalismo que no deja de mirar al mundo en blanco y negro. En resumen, contra esa antropología que prefiere cualquier cosa a toparse con el presente.